

BOLETÍN

DE LA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Tomo LXXX. - ENERO-ABRIL DE 2000 - CUADERNO CCLXXXIX

Elena Quiroga Privado

Hace muchos meses, quizá demasiados, sin que estas páginas hayan recogido para la historia institucional el recuerdo de una docena de años durante los que Elena Quiroga ocupó el sillón “a” de la Real Academia Española. Años que tuvieron su comienzo el 8 de abril de 1984. Y, al reavivar este recuerdo, indagaba yo sobre las circunstancias y sobre los orígenes de nuestra amistad, a la vez que releía el ensayo que Pedro Laín escribió, hace ya un cuarto de siglo, precisamente “*SOBRE LA AMISTAD*”. Y, en él, me detuve, hacia el final, en unos renglones del capítulo que trata acerca de la “*Ascética de la amistad*”; en un párrafo que dice: “*Es cierto que en la realidad empírica del vivir hay amistades más buscadas que encontradas, como hay otras más encontradas que buscadas. Y, en cualquier caso, ¿cómo nace una amistad, supuesta la favorable conjunción del azar, el carácter y la libertad? Quiere esto decir que esa potencial y variable disposición del hombre a la amistad sólo en algunas ocasiones se actualiza; y que, en consecuencia, sólo de algunos, muy pocos semejantes llegamos a hacernos verdaderamente amigos a lo largo de nuestra vida.*”

Por mi parte, el azar que engendró esta actualización ocasional de la amistad bien pudo ser el ambiente que

rodeó la elección y el ingreso de Elena Quiroga en la Academia Española. En efecto, su elección tuvo lugar unos cuantos meses después de la mía, a propuesta de Rafael Lapesa, Carmen Conde y Gonzalo Torrente Ballester. Y la norma académica hizo que el día 8 de abril de 1984 Juan Rof y yo acompañáramos a Elena en su pausada travesía por el largo salón de las grandes solemnidades hacia el estrado en que recitaría su discurso sobre *“Presencia y ausencia de Alvaro Cunqueiro”*. En los comienzos de la contestación de Lapesa se pudo escuchar: *“Belleza, gentileza, cortesía, cualidades patentes en la persona de nuestra nueva académica, en la nobleza de su alcurnia y en la distinción de su trato”*. Para, tras esta inicial proclamación de sus virtudes y adornos personales, proseguir: *“Elena Quiroga entra en esta Casa, no por ser mujer, ni porque es hermosa, linajuda y distinguida, sino sólo por el valor de su obra literaria; y en ella se manifiesta el don de sabiduría como conocimiento del alma humana, sagaz observación de lo significativo, rechazo de la desmesura y dominio del arte de novelar. Aparte queda otro don, el principal en nuestra recipiendaria: la innata capacidad de imaginar asuntos, crear personajes e infundirles vida, la facultad suprema de novelistas y dramaturgos”*. Si fueron estos asuntos imaginados los que abrieron a la novelista las puertas de la Academia, son también estas fantasías creadoras las que, en la relación de la lectura, nos siguen manteniendo el recuerdo de la particular escritora, *“extraordinariamente original —en idea de Darío Villanueva— en el panorama de las letras españolas y, sobre todo, dotada de una independencia que, realmente, me deslumbró, porque todos recordamos que, en nuestras letras, en los años 50, en los años 60, en los años 70, había agrupaciones de estilo, de tendencia, muchas veces dirigidas incluso por jefes de fila vinculados a determinadas editoriales, y las novelas se parecían unas a otras como una gota de agua a otra gota de agua. Cuando surgía, por lo tanto, una voz independiente, que fluía de manantiales absolutamente propios y genuinos,*

el resultado era deslumbrante para los lectores...". En la segunda de las novelas de Elena Quiroga, *La sangre* (1952), la gran longevidad vegetal del castaño le permite sorprenderse de los pensamientos y actos de cuatro generaciones de una estirpe de caballeros gallegos que viven, aman, luchan, sufren y mueren en un inagotable juego de fantasía. Testigos arbóreos de luchas y conflictos —en *La sangre*, presentes en un lugar imaginario de Galicia—, que utilizó más tarde Italo Calvino en *El Barón rampante*, cuando el Barón de Rondó, en un arrebato infantil de ira, trepó a los árboles y, de árbol en árbol, caza, lucha, estudia y corteja. Y, como en la mayor parte de sus novelas, la acción de *Viento del Norte*, Premio Nadal 1951, transcurre en lugares gallegos concretos y bien conocidos de la autora —Santa Marta de Ortigueira en este caso—, y con hábitos y gentes de Galicia, que haría a muchos críticos situar su obra en los regionales naturalismos costumbristas; lo que, sin embargo, y aun reconociendo estos ingredientes comunes, en opinión de Lapesa, no es sino “*íntima comunicación con la tierra, su paisaje, su fauna, su flora, sus gentes, con el viento que la azota y el mar que se le abre; sentimiento de mutua pertenencia a todo ello, y también de raigambre y continuidad; asunción del pasado y voluntad de futuro solidario*”.

Los expertos señalan la renovación de la novela como uno de los fenómenos literarios más notables del siglo xx, y, dentro de ellos, los cambios que son fruto de las paralelas innovaciones en la filosofía, el arte o la ciencia, a las que contribuye de manera muy especial la destrucción de los postulados de la mecánica clásica newtoniana y la aparición del *tiempo vivido*, porque, en palabras de Einstein: “*Todo cuerpo de referencia tiene su tiempo particular; la especificación de un tiempo solo tiene sentido cuando se indica el cuerpo de referencia al cual hace relación dicha especificación*”. Y, en lógica consecuencia, las nuevas coordenadas espacio-temporales acaban imponiéndose sobre las dimensiones de la narración, para manifestarse bajo las formas principales

de *atemporalidad* —Thomas Mann—, *ruptura de la linealidad* —Marcel Proust— y *reducción temporal* con toda una colección de modalidades y de representantes, entre los que se encuentra Elena Quiroga y sus tres novelas: *Algo pasa en la calle* (1954), *La careta* (1955) y *La última corrida* (1955), estructuradas bajo la común idea de una *reducción retrospectiva*. A este respecto ha escrito Darío Villanueva: “*Elena Quiroga es una escritora que destaca por sus preocupaciones técnicas, y más concretamente por su tratamiento novelístico del tiempo, inspirado en fuentes filosóficas explicitadas con gran claridad*”. Y, así, tanto la impronta temporal de las vivencias individuales como el pasado vivido en presente se utilizan en la estructura de esa reducción retrospectiva, manejada en las tres novelas anteriores.

Cuando Elena Quiroga ingresó en la Real Academia Española ya había publicado la docena de selectas novelas que había configurado la totalidad de su obra. Hubo de ser, a este propósito, el discurso de ingreso de Elena Quiroga un magnífico colofón de su trabajo literario, y original recreador antológico de la fantasía inagotable de Alvaro Cunqueiro. Y, sobre todo, generosa esquizofrenia que logró tras la presentación *porque siendo un gran desconocido, será más provechoso para avivar el interés por su conocimiento el que aduzca sus propias declaraciones, las palabras y opiniones que yo misma le oí, y las muestras de sus textos: contar con pruebas como quería él; al aparecer la persona de Cunqueiro —bueno, grande, amador de la vida, con un cendal de melancolía, hermosa su obra y libre—* y decirnos: “*Quiero contar llano y sencillo, como quien come pan. Y no es que no conozca, o no me importen esas técnicas que se han inventado por ahí, que son importantes: yo sé lo que significan, por ejemplo, Joyce por un lado y Robbe-Grillet por otro, todo esto lo sé y me importa. Pero no me importa cuando yo me pongo a escribir: entonces lo que quiero es contar, me gustaría incluso contar como dicen que contaban los antiguos celtas de Irlanda, con pruebas por delante... Me gustaría abrir mi libro y que de entre las*

páginas saliera el puñal o la cadena, la perla o la rosa que figuran en ellas”.

Esa amistad con Elena Quiroga, efectivamente *más encontrada que buscada*, tuvo como motivo recurrente el encuentro académico semanal. Y, a pesar de mi mayor antigüedad y de que me tengo por bastante buen cumplidor, pronto me sacó Elena varias docenas de puntos de ventaja en el escalafón de asistencias; buena prueba de su magnífica asiduidad a las reuniones académicas. Muy pocas veces, sin embargo, levantaba la voz en ellas, a no ser que la discusión afectase a algún término con vinculación gallega. En este ensayo lainiano al que acabo de hacer referencia se hace un exhaustivo estudio acerca de los modos y las relaciones causales de la amistad, pero se olvidó el autor de una de ellas: algo así como *la amistad y la tecnología de las comunicaciones*. Me refiero a que gracias a la compañía telefónica, mediadora de los afectos y amistades de Elena, sus silencios académicos se convertían un poco más tarde en prolíficas explicaciones, en tertulias irreversibles, acerca de sus puntos de vista; en monólogos en los que Elena era, como en ninguna otra ocasión, *ella misma*. En efecto, era *ella misma* porque sí, al decir de Ortega y de Unamuno, toda persona es novelista de sí misma; Elena describía, interpretaba y hasta novelaba ante el auricular el sentido de sus logros personales, los de su vida y su ser. Quiero suponer que mi cómoda inclinación benevolente a la escucha —quizá la *affabilitas* hacia ella, que diría Santo Tomás—, dio cauce primero y perfeccionó después esa especie de newtonianismo social que andando los años saldría a relucir en nuestra amistad.

Y, como parte importante de esta donación de su intimidad, cierta o novelada, pero en cualquier caso parte de *su propia realidad*, la afición de Elena a la confidencia y a su consanguíneo, el desahogo. Con la mezcla de estos desahogos y aquellas confidencias se fue fraguando nuestra amistad, en la que bien pronto se vio enredada la frágil vida de Dalmiro de la Válgoma, su marido, sabedor de genealogías y heráldicas, Secretario de la

Real Academia de la Historia. Recuerdo que una de mis primeras visitas a la calle León coincidió con la muerte de un viejo perrillo hospiciano que escuchó durante años los dimes y diretes de los académicos de la Historia. El caso fue que, en el quicio de la puerta, Dalmiro puso la mano sobre el envoltorio que, portado por un funcionario municipal, contenía el canecillo muerto, mientras susurraba: *“Hasta pronto, amigo”*. Aquella escena me hizo recordar un artículo que yo acababa de escribir sobre la “sociobiología animal”, y que envié al matrimonio Válgoma, en el que citaba la elegía de Unamuno a la *“muerte de un perro”*, en la que, a la inversa, el perro moribundo preguntaba: *“¿A dónde vamos, mi amo, a dónde vamos?”*. A partir de entonces —debería ser por el año 86—, en varias ocasiones contribuí a apuntalar la salud de Dalmiro ayudando a Elena en la consulta médica, la hospitalización, y, en varias ocasiones, el envío de una ambulancia para recogerle de su domicilio. Recuerdo bien que, en la última de estas ocasiones, visité a Dalmiro en la soledad clorofórmica de una madrugada en la unidad de vigilancia intensiva del Hospital Gregorio Marañón; a solas con él, escuché las últimas palabras que tuvo en vida: *“Ahora comprendo porqué te quiere tanto mi mujer”*. Un par de horas después acabó el corazón de Dalmiro, y, con ello, comenzaba la tremenda soledad, soledad física y psicológica, de los últimos años de Elena. Soledad atenuada por la tecnología de las comunicaciones; por unos cuantos amigos capitaneados por Loli Halcón —hija de Manuel Halcón, gran amigo de Alvaro Cunqueiro, y después de Elena— a la cabeza del escalafón de la amistad; y por Amparo Quiroga y sus hijos, la sobrina de su sangre, encargada hoy de dar ternura a la perrita huérfana, la herencia única de su tía Elena, y de contestar a la pregunta de su inquieto instinto *“¿por qué tarda tanto hoy en volver el ama?”*.

El ama Elena no logró cicatrizar la herida de la falta de Dalmiro, ni se acostumbró a vivir en una sociedad, injusta, demasiado e innecesariamente hostil en ocasiones hacia ella; sociedad nada parecida, por ningún lado,

a aquella otra que tanto añoraba, con su docena y media de hermanos, y a la que no supo ni pudo acomodarse. No consiguió dejarse acompañar ni de la aspiradora ni del microondas, aunque en los últimos meses estuviera a punto de claudicar para conseguir cuidar a solas un poco mejor su quebrantada salud. Quebrantos que no admitía tan fácilmente por grande y repetida que fuera la autoridad médica que los diagnosticasen; y bien pudieran haber protagonizado una especie de *“el sano imaginario”*. Al menos en tres ocasiones recientes le proporcioné una visita médica con tres respectivos e ilustres médicos internistas —el nombre no viene al caso—; los tres coincidieron aisladamente en el diagnóstico de su cronificada hepatitis, pero tan poca gracia le hacía el asunto, tan difícil de admitirlo, que en todos los casos me echó amablemente en cara: *“tu amigo no me entiende”*. Al entrar el verano del 95, la salud imaginaria de Elena no pudo resistir el avance de su enfermedad; tampoco la tecnología pudo estar a su lado para lenificar su última soledad, y tampoco esos cuantos amigos del otro lado del teléfono pudimos escuchar sus últimas confidencias.

Somos, sin embargo, todos nosotros los que ahora, en esta bonita ocasión para el recuerdo, hacemos memoria de estas páginas. A algunos, pienso que se nos pueden aplicar los versos de Schiller: *“Aquel a quien haya sido dada la gran suerte de ser amigo de un amigo ...”*.

ANGEL MARTÍN MUNICIO